

hacían más que tocar en los puertos y sobre las mercancías que eran conducidas al palacio ó al ejército ó simplemente transportadas de una casa á otra.

Los pesos y las medidas fueron reglamentados. La unidad de peso es la libra y la unidad de medida el almud, que se subdivide en sextarios. Carlomagno reemplaza la libra gálica por la romana, que pesaba una décima parte menos; hace depositar en el palacio un modelo de almud de una cabida de cincuenta y dos litros aproximadamente (*modius publicus*) y otro de sextario, y manda que estas medidas rijan no sólo en los dominios reales, sino que también en las ciudades y monasterios. Las capitulares recomiendan sin cesar que haya en todas partes «buenos pesos y medidas iguales.»

Como los *triens* merovingios rara vez eran de buena ley, Pipino había abolido esa moneda de oro desacreditada, para sustituirla por la de plata. Carlomagno conservó el monometalismo y sólo por excepción permitió la acuñación de sueldos de oro en Uzés y en el ducado de Benavento; y como había adoptado la libra romana, fijó la talla en veinte sueldos y doscientos cuarenta dineros. El curso de las demás monedas quedó suspendido; una capitular de 794 proscribió «en todo lugar, en toda ciudad y en todo mercado» los diferentes dineros, salvo los de la última emisión, que llevan el monograma del rey y son de buen peso y de plata pura.

Los carlovingios recobraron también el derecho de regala de acuñar moneda que los merovingios habían abandonado, y la fabricación de las monedas únicamente se hizo en las principales ciudades, bajo la vigilancia de elevados funcionarios cuyos nombres se leen en el reverso de algunos ejemplares; así, por ejemplo, el de *Rodlandus* (Rolando), prefecto de la marca de Bretaña. Muy pronto la acuñación se practicó sólo en el palacio y en algunos sitios tolerados por excepción; pero en la denominación de palacio se comprenden todas las residencias reales y no solamente Aquisgrán. En las monedas de Carlomagno encontramos inscritos cuarenta y ocho nombres de lugares, siete de los cuales figuran todavía en un edicto de Carlos el Calvo, de 864, como dotados de establecimientos permanentes: Quentovic, Rennes, Sens, París, Orleans, Melle y Narbona. Para imitar la moneda árabe, las piezas se transforman, el tejuelo se ensancha y el dinero es una plancha delgada de muy poco relieve, y así seguirá siendo durante toda la Edad media. Las monedas imperiales acuñadas después del año 800 son muy bonitas; en ellas se ven, á un lado, el busto del emperador vestido con el *paludamentum*, y en exergo las palabras *Karlus imperator*, y al otro el templo con la cruz y la inscripción *Christiana religio*. Este tipo duró largo tiempo, y Carlomagno tuvo, entre otras, la gloria de ser un buen monedero.

III.—Las escuelas y las letras (1)

A pesar de los esfuerzos de Carlomán y de Pipino, las supersticiones continuaban muy extendidas: un eclipse de sol, la aparición de un cometa, causaban violentos terrores; se buscaba protección contra el granizo,

(1) FUENTES.—Las obras literarias de esta época han sido publicadas, bien en las diferentes series de los *Monumenta Germaniae historica*, bien en la Patrología latina de Migne; las de Alcuino lo han sido especialmente por Jaffé, *Monumenta alcu-*

pegando á unos bastones papeles en los cuales había inscritas ciertas fórmulas; la gente seguía aullando en los entierros, comiendo y bebiendo sobre las tumbas de los difuntos, llevando talismanes é interpretando los hados; y aun algunos adoraban los árboles, las piedras y las fuentes. La Iglesia parecía impotente para extirpar ese paganismo sobreviviente; la ignorancia de los clérigos y de los monjes hacía imposible toda predicación, y por otra parte érales muy difícil instruirse. La misma Biblia estaba llena de faltas de copia y de puntuación, y á veces dos traducciones de un mismo texto aparecían yuxtapuestas, lo cual daba lugar á extraños errores; los libros litúrgicos estaban plagados de *tropos* (2).

Carlomagno, que se creía responsable de la salvación de sus súbditos, quiso darles sacerdotes capaces de instruirles: su proyecto consistía en crear «una nueva Atenas,» pero más bella que la antigua, «la Atenas de Cristo,» donde todos los estudios preparasen para el conocimiento de Dios. Una vez establecido el Imperio y teniendo en cuenta la antigua gloria de Roma, á la que habían contribuído tantos escritores famosos, comprendió que las letras eran el obligado ornamento de un gran reinado; por esto ha podido aplicarse, no sin cierta razón, el nombre de Renacimiento al movimiento cuya iniciativa tomó.

El propósito del rey aparece perfectamente definido en una carta que dirigió á Baugulfo, abad de Fulda:

«Has de saber que en estos últimos años, habiéndonos escrito desde diferentes monasterios que los hermanos rogaban por nos, hemos observado que en la mayoría de estos documentos los sentimientos eran buenos, pero el discurso inculto, porque lo que una piadosa devoción dictaba fielmente desde dentro, una lengua inhábil era incapaz de expresarlo correctamente hacia fuera á causa de la insuficiencia de los estudios. Entonces comenzamos á temer que, siendo escasa la ciencia de escribir, la inteligencia de las Santas Escrituras fuese menor de lo que ser debiera; y todos sabemos que si peligrosos son los errores de palabras, mucho más lo son los de sentido. Por esta razón os exhortamos no sólo á que no descuidéis el estudio de las letras, sino á

niana, 1873. En la serie en 4.º de los *Monumenta* hay excelentes ediciones de las Poesías latinas y de las Cartas.

OBRAS DE CONSULTA.—Los libros generales de Bähr, *Geschichte der römischen Litteratur im Karolingischen Zeitalter*, 1840; de Ampere, *Histoire littéraire de la France avant le XIII^e siècle*, 1840; y de Ozanam, *La civilisation chrétienne chez les Francs*, 1849, son muy anticuadas, y han de ser corregidas y completadas con la ayuda de las obras siguientes: Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen*, sexta edición, 1893-1894. Ebert, *Histoire de la Litterature du Moyen Age en Occident*, traducción Aymeric-Condamin, 1883-1889. Monod, *Etudes critiques sur les sources de l'histoire carolingienne*, 1898. Hauck, *Kirschengeschichte Deutschlands*, tomo II, segunda edición, 1900. Müllinger, *The schools of Charles the Great and the restoration of education in the IX Century*, 1877. *Histoire littéraire de la France*, publicada bajo la dirección de M. Petit de Julleville, tomo I, 1896. Gastón Paris, *Histoire politique de Charlemagne*, 1865. Samuel Berger, *Histoire de la Vulgate pendant les premiers siècles du Moyen Age*, 1893. Consultense también las monografías de Alcuino por Monnier, 1863; Hamelin, 1873; Werner, 1876; y las de Teodulfo por Bannard, 1869, y Cuissard, 1892.

(2) Se da el nombre de *tropo* á un texto litúrgico nuevo y sin autoridad intercalado en un texto auténtico y oficial (véase León Gautier, *Histoire de la Poésie liturgique au Moyen Age. Les Tropes*, 1886).

que las cultivéis con una humildad grata á Dios, á fin de que podáis penetrar más fácil y exactamente los misterios de las divinas Escrituras. Como en los libros sagrados hay imágenes, tropos y otras cosas parecidas, es indudable que al leerlos penetrará más rápidamente su sentido espiritual aquel que haya recibido previamente una educación literaria completa... No te olvides de comunicar ejemplares de esta carta á todos los que son obispos contigo y á todos los monasterios, si quieres gozar de nuestro favor (1).»

Para lograr ver realizados tales propósitos era necesario, como añadía Carlos, «encontrar hombres que tuviesen voluntad y aptitud para aprender y deseo de instruir á los demás;» y como entre los francos no había hombres de estos, el rey los sacó de todas partes en donde pudo encontrarlos, anglo-sajones, irlandeses, escoceses, godos y bávaros, ofreciendo á todos recompensas y dignidades. Los primeros llamados fueron italianos, á saber: los gramáticos Pedro de Pisa y Paulino y el historiador y poeta Pablo Diácono. Pedro de Pisa, que había estudiado en Pavia, dió lecciones á Carlomagno; Paulino obtuvo el arzobispado de Aquilea, y Pablo Diácono, antiguo preceptor de los hijos de Desiderio, quedóse una corta temporada en el palacio, á fin de salvar la vida á un hermano suyo que se había comprometido en una sublevación. Pero ninguno de estos hombres ejerció en la dirección de los estudios una influencia comparable con la de Alcuino.

Era éste oriundo de la isla de Bretaña; nacido en la Nortumbria hacia el año 735, entró en la escuela de York durante el episcopado de Egberto, discípulo del venerable Beda, habiendo sido su maestro Alberto, que era un gran sabio y de quien se ha escrito lo siguiente: «A los unos enseñaba las reglas de la gramática; sobre los otros derramaba las olas de la retórica; á éstos les preparaba para las luchas del foro, á aquéllos para los cantos de Aonia. Explicaba además las armonías del cielo, los penosos eclipses del sol y de la luna, los violentos movimientos del mar, los temblores de tierra, la naturaleza del hombre y la de los animales, las diversas combinaciones de los números y sus formas variadas. Enseñaba á calcular de una manera cierta la vuelta solemne de las Pascuas y sobre todo descubría los misterios de las Sagradas Escrituras.» Saturado ya de esta ciencia universal, estudió Alcuino en la biblioteca de la escuela los escritos de los latinos y de los griegos, los tratados de los doctores de la Iglesia y los de los filósofos paganos. Aquel era realmente el hombre que convenía á Carlomagno, quien le había conocido en Italia muchos años antes de llamarlo á su lado. Alcuino desembarcó en 782 con sus discípulos Sigulfo, Fridugiso y Wittón, fué amigo del rey, tomó parte en la contienda del adopcionismo y fué uno de los que prepararon la coronación del año 800.

La obra literaria de Alcuino es considerable; pero más que literato es un pedagogo que transmite fielmente á los demás las doctrinas que ha aprendido y el propagador de un método que prevalecerá durante la Edad media. El fué quien consagró la división de los conocimientos en siete grados, «los siete grados de la filoso-

(1) Véanse esta carta y todas las prescripciones de Carlomagno relativas á la creación de escuelas en Boretius, *Capitularia regum Francorum*, tomo I, págs. 79 y siguientes.

fia,» ó como se decía ya, las *siete artes*: la gramática, «custodia del lenguaje y del estilo correcto;» la retórica y la dialéctica, «ésta deduciendo mediante argumentos sólidos y precisos, aquélla recorriendo con palabras abundantes los campos de la elocuencia;» la aritmética, la geometría, la música y la astronomía. Aparte de esto no tiene originalidad ni curiosidad científica, y su modo de ser pedantesco aparece en los enigmas en verso, á veces muy largos, que le gustaba escribir, y en los diálogos que suponía entre maestro y discípulo, como el siguiente: «¿Qué es la escritura?, dice Pipino, uno de los hijos del emperador. La guardiana de la historia.—¿Qué es la palabra? La traición del pensamiento.—¿Quién engendró la palabra? La lengua.—¿Qué es la lengua? El azote del aire.—¿Qué es el aire? El guardián de la vida.—¿Qué es la vida? La alegría de los dichosos, el dolor de los desventurados, la espera de la muerte.—¿Qué es el hombre? El esclavo de la muerte, el huésped de un lugar, un viajero que pasa.»

Alcuino fué el «preceptor» de Carlos y también el de los hijos del emperador, de sus hijas, de todo el palacio. Tal fué el origen de la famosa «Academia palatina,» en la que al lado de la familia real figuraban todos los hombres célebres de la época y cuyos escolares toman los nombres de la antigüedad profana ó sagrada, tales como David, Alcuino Horacio Flaco, Angilberto Homero, Adalardo Agustín, Wittón Cándido, Fidugiso Nataniel, Arnón de Salzburgo Aquila.

Los miembros de la Academia palatina fueron en gran parte nombrados obispos y abades, pues Carlomagno quería propagar la instrucción por medio de la Iglesia; ya lo dice en una capitular de 23 de marzo de 789: «Que los ministros de Dios atraigan á su lado no sólo á los jóvenes de condición servil, sino que también á los hijos de los hombres libres; que haya escuelas para los niños; que los salmos, el canto, el cálculo y la gramática sean enseñados en todos los monasterios y en todos los obispados.» Fúndanse entonces numerosas escuelas episcopales ó monásticas: Angilberto crea la de Saint-Riquier, Adalardo la de Corbie; Gervoldo la de Saint-Wandrille, y Benito la de Aniane. En Lyon, Leidrado hace enseñar lectura, escritura y canto, «conforme á las costumbres del palacio.» Alcuino, retirado desde 796 á Tours como abad de Saint-Martin, lucha «contra la rusticidad de los habitantes de esa ciudad y se esfuerza en crear á orillas del Loira una nueva York.»

El hombre que mejor secundó á Carlomagno en su obra escolar propiamente dicha fué Teodulfo. Era éste de origen godo, había nacido en España ó en Septimania y fué obispo de Tours poco antes de 798; en su diócesis los sacerdotes han de leer asiduamente, predicar al pueblo sin descanso y dar cuenta á los concilios «de los esfuerzos por ellos realizados y de los resultados obtenidos;» abrirán escuelas en las ciudades y en los burgos, admitirán á todos los niños que les envíen y no exigirán por ello retribución alguna, «excepto lo que los padres pudieran ofrecerles voluntariamente y por afección.» Si agregamos á esta carta la capitular de un obispo anónimo que ordena á los fieles «que manden á sus hijos á la escuela y en ella los dejen hasta que estén seriamente instruidos,» veremos que existe un esbozo de enseñanza primaria, obligatoria y gratuita. Teodulfo estableció otras escuelas, superiores á las pa-

roquiales, para aquellos que querían completar su instrucción, en Fleury-sur-Loire, Saint-Aignan, Saint-Liphard y Sainte-Croix de Orléans.

Las escuelas episcopales y monásticas y el palacio tenían bibliotecas: Carlomagno posee gran cantidad de libros que ordenó fuesen vendidos después de su muerte en beneficio de los pobres, y la abadía de Saint-Riquier tiene 256 manuscritos. Entre los regalos que los abades nuevamente elegidos hacen á sus monasterios figuran siempre libros, habiendo llegado hasta nosotros algunas listas de obras así reunidas, en las que encontramos las historias de Josefo, de Eusebio, de Sócrates y de Sozomeno, el *Liber historia*, las obras de Beda, algunos poetas antiguos como Virgilio, y sobre todo el Antiguo y Nuevo Testamento y los escritos de los Padres de la Iglesia, San Agustín, San Hilario, San Jerónimo, San Ambrosio, San Cipriano y Gregorio el Magno. De todos los escritores eclesiásticos el más apreciado es San Agustín, á quien Teodulfo coloca en primer lugar y cuyas obras ofrecen Geroldo y Ansegiso á los monasterios de Saint-Wandrille y de Saint-Germain.

Quando se instituyó el imperio, hacía próximamente veinte años que se había acometido la empresa de la restauración de los estudios, habiéndose formado en este tiempo algunos escritores. Como Carlomagno era el sucesor de Augusto, tuvo, á imitación de los primeros emperadores romanos, sus historiadores y sus poetas, su Suetonio, su Horacio y su Virgilio; pero en este reino cristiano la literatura sagrada continuó ocupando un puesto importante.

Los Comentarios de los Evangelios son numerosos, pero estando como están compuestos de citas parafraseadas ó simplemente transcritas, tienen muy escaso valor. La fijación de los textos sagrados dió resultados más satisfactorios: «Corregid bien vuestros libros, leemos en una capitular de 23 de marzo de 789, porque con frecuencia los que han de pedir algo á Dios lo piden mal por no disponer sino de libros poco correctos. No permitáis á vuestros hijos que corrompan los libros cuando los lean ó copien; y si es necesario escribir un Evangelio, un Salmo ó un Misal, que sea este trabajo realizado por hombres de edad madura y con todo el cuidado deseable.» Por orden del rey, Pablo Diácono publicó un Homiliario en el que suprimió buen número de «solecismos mal sonantes.» También Alcuino hizo una recopilación de homilias; pero casi en seguida se dedicó á una obra más importante, la revisión de la Biblia, que presentó al emperador, probablemente, en las fiestas de Navidad del año 801. Teodulfo había compuesto una edición más erudita, pero fué preferida la de Alcuino; el texto por éste escogido era de una pureza extraordinaria y procedía directamente de las Biblias que Casiodoro había mandado escribir en los conventos de Calabria. De la escuela de Tours salieron asimismo numerosas copias, quedando solamente en uso la versión de San Jerónimo restaurada.

En la literatura carlovingia, el segundo lugar lo ocupa la historia. Las obras históricas se distinguen de las de la época anterior por la abundancia de exposiciones detalladas y por la superioridad de la forma: este doble carácter está bien marcado en las vidas de Sturm por Eigil, de Gregorio de Utrecht por Liudger y de Willibrord por Alcuino, las cuales si bien conservan el estilo

de las leyendas, presentan un fondo más sólido y un latín más cuidado. Por otra parte, los hagiógrafos del siglo IX se limitan en muchos casos á mejorar el lenguaje de las vidas de santos que les legó el pasado.

Entre los Anales los hay que en nada se diferencian de los que existían antes, por lo que se les denomina «Anales breves» ó «Pequeños Anales;» otros, en cambio, atestiguan la feliz modificación introducida en la manera de escribir la historia: nos referimos á los «Anales regios» redactados bajo la inspiración directa del palacio. La iniciativa de este trabajo corresponde, al parecer, á Childebrando, hermano de Carlos Martel, y á su hijo Nibelungo, que encargaron sucesivamente á muchos monjes anónimos la continuación de la crónica llamada de Fredegario. En el momento en que Carlos Martel reparte «sus Estados» entre sus hijos, comienzan los anales de Lorsch que narran la historia carlovingia hasta 829. Ignoramos quiénes fueron sus autores, distando mucho de estar probada la opinión de los que atribuyen ciertas partes de los mismos á Eginardo y á Angilberto; pero no cabe duda de que son obra de hombres bien informados. De la misma índole son las historias de obispos y de abades, como las Gestas de los obispos de Metz, por Pablo Diácono, y de los abades de Fontenelle.

La *Vida de Carlomagno* por Eginardo es la obra histórica más notable de esta época. Eginardo, que había estudiado en la escuela de Fulda, llegó á la corte entre 791 y 796; tenía entonces de veinte á veinticinco años y desde luego llamó la atención «por su gran ingenio y su pequeña estatura,» tan pequeña que se le comparaba con el pie de una mesa. El emperador, que le concedió su amistad, hizo donación de muchas abadías, á pesar de ser laico. Eginardo tomó de Suetonio el plan de su obra y multitud de expresiones y giros, tanto que reprodujo casi literalmente cuarenta pasajes del escritor latino; y al aceptar el marco que le proporcionaba el biógrafo de los Césares hubo, sin embargo, de dar acerca del carácter de Carlomagno, de las costumbres de su familia y de los progresos de las letras y de las artes datos que, por sí sólo, tal vez no se le habría ocurrido consignar y que son preciosos. Por otra parte, Eginardo, como todos los historiadores de su tiempo, intervino en los acontecimientos que relata y se muestra bastante imparcial. La *Vida de Carlomagno*, que apareció poco después de muerto el emperador, sirvió de modelo á otras obras análogas: Ludovico Pío tendrá tres monografías del mismo género, dos en prosa, escritas por Thegán y el supuesto Astrónomo, y otra en verso por Ermold le Noir.

Los obispos, los abades y los señores instruidos mantienen activa correspondencia. Las cartas de Alcuino, sobre todo, son muy numerosas y constituyen el complemento natural de sus cursos.

Si la poesía se distingue de la prosa es únicamente por la versificación. Todo se pone en verso, la religión, la moral, la filosofía (es decir, la teología), la historia, la correspondencia, las fábulas y la epigrafiya. Podría formarse una colección con las inscripciones que adornaban las puertas de las iglesias y las viviendas de los particulares, las paredes, los altares, las bibliotecas, los libros y los sepulcros, y algunas de las cuales, dispuestas en losanges ó en acrósticos, son verdaderos esfuer-

zos de ingenio. La poesía es principalmente religiosa porque la mayoría de los autores son gentes de Iglesia; sin embargo, aparece ya una poesía profana con la epopeya, la égloga y la epístola. Los modelos y los inspiradores de la poesía carlovingia son cristianos, Prudencio y Fortunato, «el más díserto de los poetas,» ó paganos, como Calpurnio, Horacio, Lucano, á veces Marcial y Propertio, y con frecuencia Ovidio y Virgilio.

Pablo Diácono y Alcuino sobresalen en los epitafios y en las dedicatorias. La égloga es cultivada especialmente por un poeta que toma el nombre de Nasón y que es tal vez Modoin, obispo de Autún; el «desterrado de Hibernia,» que es indudablemente el monje irlandés Dungal, canta en un fragmento de epopeya la rebelión de Tasilo. Los dos mejores poetas, «ambos divinos,» dice un contemporáneo, son Angilberto y Teodulfo: el primero, poeta épico, dista mucho de merecer el sobrenombre de Homero, pero siente un verdadero aliento de epopeya en ciertos pasajes de sus poemas, como por ejemplo en la escena de la entrevista de León III con Carlos en Paderborn; en cuanto al segundo, en sus epístolas á Carlomagno y á su familia encontramos algunos versos armoniosos, graciosas imágenes y bonitas descripciones.

El latín era la lengua oficial, la de las bellas letras y de la administración; esto no obstante, Carlomagno no dejaba de interesarse por el «fráncique» (franco), su idioma natal, como lo prueban los hechos de haber mandado escribir una gramática franca, de haber dado nombres á los meses y á los vientos y de haber ordenado la recopilación de los antiguos poemas bárbaros que celebraban el origen y las guerras de la nación franca. Pero el «latín rústico,» que se ha convertido en el «romance,» dominará en la mayor parte de la Galia, y ya de vez en cuando una línea de un autor, una alusión, señalan su existencia. En 813, los obispos reunidos en el concilio de Tours declaran que las homilias han de ser traducidas al romance para que todo el mundo las entienda. Las personas instruidas se resisten todavía á emplearlo y el biógrafo de Adalardo cita como una singularidad de éste el que hable romance, si bien cuida de añadir que también sabe el franco y aun mejor el latín; pero muy pronto los juramentos de Estrasburgo serán la manifestación oficial de la existencia del romance y el primer texto en que será posible estudiarlo.

Tiempo hacía que el pueblo se servía de este idioma para cantar las hazañas de sus antiguos reyes: la canción de San Farón, que recordaba una victoria de Clotario II sobre los sajones, fué casi contemporánea de los acontecimientos que mencionaba. Estos cantos ó cantilenas no eran, sin embargo, muy numerosos; la decadencia de los siglos VII y VIII había secado la fuente de donde salían. Los grandes hechos de Carlomagno alimentaron, ya en vida suya, la literatura popular lo mismo que la clásica, que celebraron la batalla de Roncesvalles y los principales episodios de la guerra contra los sajones. Los mismos anales de Lorsch fueron puestos «en lengua plebeya y rústica.» Los soldados de Carlomagno son los agentes de esta propaganda: uno de ellos, Adalberto, que había combatido contra los avaros y los eslavos á las órdenes del conde Geroldo de Baviera, refirió al monje de Saint-Gall, niño entonces, las maravillosas leyendas que éste nos transmitió en

latín, y que eran narradas allende el Rhin en tudesco y aquende en romance. Bien sabido es que nuestra poesía épica salió de estas cantilenas. El interés literario del reinado de Carlomagno está mucho más en la aparición de esta lengua nueva y de sus primeros monumentos que en sus obras imitadas de la antigüedad.

IV.—Las artes (1)

El arte carlovingio presenta los mismos caracteres que la literatura: por el pensamiento que lo inspira y por sus principales manifestaciones, es esencialmente religioso, pero carece de originalidad en la forma.

Muchos particulares habían arrancado de las iglesias, para su uso particular, maderas y tejas; algunos curas entrojaban en ellas sus cosechas; por todas partes aquellas construcciones caían en ruinas. «El emperador, dice Eginardo, ordenó á los pontífices y á los padres, á quienes incumbía especialmente este cuidado, que reedificaran los edificios sagrados, y vigiló, por medio de sus lugartenientes, para que sus órdenes fuesen cumplidas.» Numerosas capitulares confirman este testimonio. Carlos quiere que se supriman las iglesias y los altares inútiles, pero que se conserven formalmente los demás, que los tejados estén siempre en buen estado, que las luces se enciendan y que los oficios se celebren regularmente. En Lyon, Leidrado restaura San Esteban, San Nazario, Santa María y San Juan. Constrúyense iglesias nuevas, realizándose las obras por medio de prestaciones personales que vigilan los obispos y los condes y facilitando el emperador dinero en caso necesario. Los obreros empleados por el soberano están muy bien tratados, y á los extranjeros, puestos bajo la protección de un preboste, se les alimenta y viste á costa del tesoro.

El principal arquitecto de Carlomagno, al que podríamos llamar superintendente de los edificios, fué Eginardo, á quien en palacio llamaban Beseleel, inventor del Arca Santa, «que realizó su obra, dice la Biblia, con el espíritu de Dios, y supo igualmente trabajar el oro, la plata, el bronce, la madera y la piedra.» Ayudado por Ansegiso, futuro abad de Fontenelle, Eginardo ejecutó numerosos trabajos, pero se le han atribuido, sin prue-

(1) FUENTES.—Los textos relativos á la historia del arte carlovingio están indicados en Piper, *Einleitung in die monumentale Theologie*, págs. 267 y siguientes, y Schlosser, *Schriftquellen zur Geschichte der Karolingischen Kunst*, 1896.

OBRAS DE CONSULTA.—Enlart, *Manuel d'archéologie française*, tomo I, capítulo III, 1902. Courajod, *Leçons professées à l'école du Louvre*, tomo I, 1899. Marignán, *Louis Courajod*, tomo I, capítulo VI, 1899. Lenoir, *Architecture monastique du Moyen Age*, 1852-1856. Bodman, *Die Pfälzen der fränkischen Könige in Deutschland*, 1890. Rhoen, *Die Karolingische Pfalz zu Aachen*, 1889. Henocque, *Histoire de l'abbaye de Saint-Riquier*, «Mémoires de la Société des Antiquaires de Picardie,» serie en 4.º, tomos IX-XI. Bouet, *L'Eglise de Germigny les Prés*, «Bulletin monumental,» 1868. Clemens, *Merovingische und Karolingische Plastik*, 1892. Leitschuh, *Geschichte der Karolingischen Malerei*, 1894. Rahn, *Geschichte der Karolingischen Miniaturmalerei*, 1878. Emilio Molinier, *Histoire générale des Arts appliqués à l'industrie*, en curso de publicación; véanse especialmente los capítulos sobre los marfiles, tomo I, y la orfebrería, tomo IV. Prou, *Manuel de Paléographie*, capítulo III, 1889. Leopoldo Delisle, *Mémoire sur l'école calligraphe de Tours au IX^e siècle*, «Mémoires de l'Académie,» 1885. Duchesne, *Origines du culte chrétien*, segunda edición, 1898. Kurze, *Einhard*, 1899.

ba suficiente, todas las grandes obras de la época, como el puente de Maguncia, el palacio y la capilla de Aquisgrán y el palacio de Ingelheim.

Aunque los dominios del arte carlovingio fueron vastos, ya que comprendía la Germania, la Galia y la Lombardia, pocos monumentos del siglo IX han subsistido; las construcciones seguían haciéndose de madera, sobre todo en el Norte, y no sólo iglesias rurales, sino además grandes basílicas que naturalmente han desaparecido. Entre las construcciones de piedra que, según ciertos autores, se remontan al reinado de Carlomagno, unas son de fecha incierta y otras han sido considerablemente retocadas; de esto no se deduce que alguna de ellas no deba ser considerada como carlovingia (1), pero es preciso contentarse con formarse una idea general de la arquitectura de aquella época por los fragmentos que subsisten y por los textos de los escritores.

La iglesia es á la vez lugar de oración, de reunión y de asilo: los habitantes se instalan en ella para hablar, los comerciantes para vender, á pesar de la ley que quiere «que la casa de Dios sea el sitio en donde se ore y no una cueva de bandidos.» Un fugitivo que logra penetrar en el atrio no puede ser sacado de allí por la fuerza. Las disposiciones que estaban más en uso eran las de la basílica merovingia (2), pero la imitación del antiguo está mejor entendida: Eginardo y sus contemporáneos leían á Vitruvio, y este es el único dato concreto que poseemos acerca de su educación artística. El plano de la iglesia es el de la cruz; la nave tiene á veces otras naves laterales que sostienen tribunas reales ó simuladas; los altares son numerosos. La originalidad de la construcción proviene de la torre-linterna, cilíndrica ó cuadrada, construída en el crucero y cubierta, sea por un pabellón de madera, sea por una cúpula, en donde se ponen las «señales» y las campanas que tocan las horas de los oficios y de las oraciones.

La mayoría de los edificios religiosos se ajustan á este tipo; pero los francos, que habían admirado allende los Alpes las obras maestras del arte bizantino y las del greco-romano, imitaron las primeras y saquearon las segundas. Italia envió columnas, frisos, capiteles, y estos restos, bien ó mal, más mal que bien, introducidos en las iglesias francas, recuerdan los versos de Virgilio que en sus poesías incluían los escritores. Si la arquitectura ordinaria sigue siendo romana, la oficial es bizantina, sobre todo á orillas del Rhin.

El principal monumento que de esa arquitectura nos queda es la capilla que Carlomagno mandó construir para su palacio de Aquisgrán y que actualmente sirve de nave á la iglesia de aquella ciudad. De Roma y de Rávena trajéronse esculturas, mármoles y mosaicos, y de todas las regiones situadas aquende los mares acudieron maestros y obreros. Las obras, dirigidas por un tal Otón, duraron diez y ocho años y el edificio fué inaugurado en 6 de enero de 805 por el papa León III: se

(1) Esta es la opinión que ha sido casi sostenida por Alfredo Ramée, *De l'état de nos connaissances sur l'architecture carolingienne*, «Bulletin du Comité des Travaux historiques et scientifiques, section d'Archéologie,» 1882; pero debemos rechazarla. Véase la lista de los monumentos que más verosíblemente pertenecen á la época carlovingia, en Marignán, *Louis Courajod*, págs. 163 y siguientes, y Enlart, *Manuel d'archéologie française*, tomo I, páginas 155 y siguientes.

(2) Véase anteriormente, pág. 348.

compone de una sala octágona de catorce metros y medio de diámetro, rodeada de dos pisos de galerías ampliamente abiertas, á las que se llega por dos torrecillas con escaleras de caracol, y coronada por una cúpula. Es una simple reproducción de San Vital de Rávena, ejecutada por manos pesadas y torpes.

Y sin embargo, la capilla de Aquisgrán causó gran entusiasmo: Eginardo declara que es «admirable y de suprema belleza;» el Monje de Saint-Gall la califica de «obra divina y humana;» los contemporáneos ensalzan su tejado de plomo dorado, sus lámparas de oro y de plata y sus cancelas de bronce que todavía existen. Conforme á este modelo construyéronse varias iglesias, especialmente las de San Miguel de Fulda y de Wimpfen y posteriormente la de Otmarsheim en Alsacia. En Francia queda un ejemplar del mismo arte en la pequeña iglesia de Germigny-les-Prés, situada á pocos kilómetros del monasterio de Fleury-sur-Loire y que es obra de Teodulfo. Este templo ha sufrido una porción de accidentes, incluso una lamentable restauración llevada á cabo en el pasado siglo; pero los ábsides que terminan la nave por el lado de Oriente y los que decoran los extremos de los cruceros son antiguos y recuerdan enteramente los procedimientos bizantinos. Por otra parte, el monje Letaldo, que escribía en el siglo X, dice que la iglesia de Germigny fué ejecutada «tomando por modelo la de Aquisgrán,» y esta afirmación resulta muy verosímil si se admite la autenticidad de la inscripción que fija su consagración en 3 de enero de 806.

Las riquezas de las abadías se emplean en parte en las grandes construcciones. El abad de Fulda, Ratgar, fatiga á sus monjes con su manía de edificar, y el necrólogo de la abadía le llama un «sabio arquitecto.» En la época carlovingia es cuando se constituyen los monasterios con sus numerosos edificios, que responden á las diversas necesidades de los habitantes y que, por otra parte, están dispuestos con mucha precisión y dentro de un orden casi uniforme: la iglesia es la parte esencial de los mismos y á ella está anejo el claustro, generalmente cuadrado; la sala de reunión, la escuela, la biblioteca, el refectorio y el dormitorio se levantan á los cuatro lados del patio; más allá, extiéndense los barrios del abad, de los huéspedes, de los enfermos, y las dependencias ocupadas por los colonos y los siervos cubren á lo lejos el campo (3).

La abadía de Saint-Wandrille era una de las más hermosas de Francia; la gran torre de su iglesia terminaba en «una pirámide cuadrangular de treinta y cinco pies de altura, cubierta de bronce y de cobre dorado;» el refectorio y el dormitorio, decorados con ventanas de cristales, median 208 pies de longitud por 27 de anchura. La abadía de Saint-Riquier fué construída desde 793 hasta 798, según los planos de Angilberto, y gracias á las subvenciones de Carlomagno, «antes faltaron los obreros y el trabajo que el dinero necesario para pagarles,» como dice la crónica. El rey envió al abad arquitectos y le permitió que hiciera buscar en

(3) El plano más célebre y más completo de cuantos han llegado hasta nosotros es el de Saint-Gall, en Suiza, que unos atribuyen á Eginardo y otros al maestro de los ujieres, Gerungo. En Lorsch se ve todavía un pórtico, compuesto de algunas columnas monolíticas que sostienen un frontón de forma reticulada que, según parece, servía de puerta al antiguo monasterio.